



JOSE MARIA LICEAGA. — (Foto PEMAN.)



Y después del trofeo, un trago de sidra, al lado de los trofeos conquistados. — (Foto PEMAN.)

UN ARTESANO EJEMPLAR

JOSE MARIA LICEAGA, a los 81 años, fabrica "cupelas" para guardar sidra

Está terminando una con capacidad para 10.000 litros

Rodue Arambarri, presidente de la Cámara Oficial Sindical Agraria, me puso sobre la pista, y José Luis Irizar, presidente de la Hermandad de Labradores y Ganaderos de San Sebastián fue el intermediario para llegar a conocer a José María Liceaga, un hombre de campo que, a los 81 años, aprovecha las horas libres que le dejan las faenas agrícolas —que realiza como si estuviera en plena madurez— para adentrarse en su taller artesanal y solo, sin la menor ayuda, construir «cupelas», es decir cubas para guardar la sidra con capacidad para 10.000 litros.

La verdad es que dicho así pudiera parecer un trabajo sencillo. Pero hay que ver las enormes proporciones del recipiente; los grandes troncos de madera que hay que desbastar hasta dejar las tiras que irán ensambladas en la cuba, unidas simplemente por la presión de unas contra otras y sujetas por los grandes anillos de hierro que pertenecieron a otras cubas añejas ya destruidas.

Todo esto lo he visto realizar con unas simples herramientas, también de construcción artesanal.

José María Liceaga tiene la mente bien despierta —y dicen que se le agudiza mucho más cuando juega al mus—. Me da a probar la sidra que cosecha y que cuida amorosamente en su caserío «Garcategui», de Astigarrega, y me muestra orgulloso las tres copas de plata que ha conseguido este año en los

concursos de Villafranca, San Sebastián y Tolosa. Luego me va contando, poco a poco, el origen de esta labor que asombra a todos los que la conocen...

—Yo soy agricultor y seguiré siéndolo mientras tenga fuerzas. Sabía hacer ruedas de carro, pero nunca había construido una «cupela» hasta hace unos 15 años que me puse a hacer la primera.

—¿Cómo surgió? —Hacían falta un par de ellas para casa y el precio era muy caro. Entonces yo me dije: «Si soy capaz de hacer una rueda, ¿por qué no una cuba?». Me fijé bien en las que tenía en casa y me puse a trabajar. Así salió la primera.

—¿Cuántas ha construido? —La de ahora es la sexta. Las primeras fueron más pequeñas, pero las tres últimas son muy parecidas y con capacidad para 10.000 litros.

No da importancia a su trabajo, que, sin embargo, es bien merecedor de un premio artesanal. Tampoco lo hace con fines de lucro.

—Yo no he vendido jamás una «cupela». Las construyo para utilizar en casa.

—¿Cuánto tiempo le ha llevado esta última? —Alrededor de un mes, pero dedicando pocas horas al día. Todo lo más, dos o tres.

Me explica que las construye con madera de acacia, porque la tiene en casa...

—Dicen que son mejores las de castaño y las de roble. Pero la verdad es que en éstas de acacia nunca se ha estropeado la sidra. No han dejado un «tejo» malo.

Los aros son antiguos. Ya sujetaron otras cubas...

—Proceden de una sidrería que tuvo hace muchos años en la calle Irigo, de San Sebastián. También tuvo sidrerías en la calle 31 de Agosto y en la calle Puerto. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Qué es lo más difícil de su trabajo?

—Lo más lento es conseguir la unión de los maderos que van sujetos por presión, sin encolar ni clavar. También es difícil ajustar las tapas. Pero con paciencia todo va saliendo.

La «cupela» en la que está trabajando está prácticamente terminada. Una vez tapada, se lavará con agua y ceniza y se limpiará bien para que a continuación pueda ocupar su puesto en la sidrería y dar albergue al rico caldo de la manzana.

—Si Dios quiere, no será la última. Espero tener salud

para hacer alguna más.

—¿Si le quisieran comprar una, por cuánto la vendería?

—No lo sé, pero creo que se pagan a siete pesetas por litro de cubada.

Es fácil hacer la cuenta para llegar a valorar este recipiente en 70.000 pesetas, aunque claro está, ese

es un precio teórico, porque en la práctica ni el señor Liceaga quiere vender ni es probable que se fijara esa cotización cuando la pieza está realizada cariñosamente por unas manos de artesano ejemplar.

ALBINO MALLO



Hay que ajustar los aros de viejo hierro. — (Foto PEMAN.)



Puliendo el interior del recipiente. — (Foto PEMAN.)



El diálogo del periodista, con Arambarri e Irizar como testigos. — (Foto PEMAN.)

Espejo cóncavo

La tarde del sábado

Esto ya es pura decadencia. Antes se hablaba de «la noche del sábado», y ahora sencillamente, de la tarde del sábado. Y aunque a alguno le pueda parecer que la cuestión es nimia, que la diferencia es de un mínimo matiz, no hay tal. La diferencia es honda, muy honda. Yo diría que los expertos ensayistas sociológicos tendrían ahí tela para cortar durante mucho rato. Es, simplemente, la transición de una sociedad de ocio hacia una sociedad laboral. Y no, no es que me equivoque. Porque yo pienso que estar pensando en el ocio mientras se trabaja, o en el trabajo mientras se divierte, de cualquier manera ya es estar trabajando. En la balanza establecida entre el ocio y trabajo resulta que un gramo de trabajo es más pesado que toneladas de ocio. Siempre que se sepa, naturalmente, qué hacer con el ocio.

Yo creo que ésta es, elementalmente, la enfermedad que nos aqueja: no se sabe qué hacer con el ocio. Y mientras se aprende, vamos tratando de lograr tener el mayor tiempo posible para disfrutarlo. Así, cuando sepamos qué hacer, es seguro que lo tendremos y la conjunción será perfecta.

Pero a mí, esto de los «sábados por la tarde» me da muy mala espina. Entiendo y respeto las reivindicaciones laborales de los dependientes de comercio que quieren disfrutar de su «tarde de sábado» como cualquier hijo de vecino, pero de lo que quizás no se dan cuenta es que si todos hacen fiesta a unas horas determinadas de un mismo día, en ese mismo momento en que tal hecho ocurre, se ha mutilado parte de la atracción que puede hallarse en una tarde libre.

Y pensamos, sobre todo, al decir esto, en ese apasionante juego al que las mujeres se entregan siempre que pueden y que se llama «ir de compras». Hay quien sostiene la teoría de que las mujeres son, esencial y fundamentalmente, sexo, y no quisiera currir al decir esto en las iras de cualquier sufragata. La naturaleza, se nos dice, la ha adecuado de acuerdo con las exigencias de la maternidad. Y la maternidad es sexo en un grandísimo porcentaje. Pueda ser tanto verdad como no, como el hecho de que la

paternidad consista más o menos en lo mismo. Pero las mujeres, tienen desde niñas una costumbre adquirida y es el de «jugar a tiendas». Y, aunque lo practican siempre que pueden, lo cierto es que, generalmente, solían reservar sobre todo, las tardes de los sábados para ello.

Ahora, la práctica de su afición, se les hace un poco difícil. Y todo por exigencias del nivel de vida que quiere que los dependientes puedan disfrutar también de su «week-end». Pero no sé si no serán, acaso, demasiadas exigencias. Porque hay oficios que exigen una dedicación distinta, y el de los dependientes es una de ellas. Como lo es el de los barmen, el de los toquilleros y acomodadores de los cines, el de los serenos y municipales y de tantos otros oficios que exigen una atención y dedicación mucho mayor que el de los restantes oficios. Habría que ver, efectivamente lo que dirían los dependientes si también los barmen, los toquilleros, los acomodadores, los empleados de los servicios públicos, en fin, todos los que por exigencia de su función social tienen que permanecer trabajando mientras otros tienen fiesta se dedicarían también a no trabajar los sábados. Porque lo que es evidente es que nunca toca a fiesta para todos, y en esta concatenación de dependencias en que nos movemos los humanos, las fiestas de muchos se basan en el trabajo, a veces admirable, de algunos pocos.

Y queda evidente también, que, para un común contentamiento no nos quedaría más remedio que incidir en el mundo de los robots. Quizás los mundos de Asimov, Bradbury, etc., no están demasiado alejados de nosotros, por lo menos en el tiempo y en las invenciones mecánicas que nos asedian, y si se lograra que los robots «atendieran la tienda» durante las tardes del sábado, quizás se habría logrado algo muy importante. Siempre, claro está, que las que practican la noble afición de «ir de compras» se contentaran con robots.

Santiago AIZARNA